A LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Constantino Ávila Pardo

EDITORIAL brief

gelo de la droga, que puede llamar a cualquier puerta. También coincidió que en aquellos días estaba de prácticas conmigo una estudiante de sexto de Medicina, natural de Ayora, de la que Tino Ávila había sido profesor de Matemáticas. En ocasiones se dan en la vida una serie de casualidades que nos hacen cambiar de parecer. No me pude negar.

A las puertas del infierno refleja, de una forma cruda pero real, los problemas que en la práctica cotidiana traté día a día al frente de la Unidad de Toxicomanías. Confesaré que siempre he sido reacio a leer libros o ver películas sobre el tema de las drogas porque me recuerdan el sufrimiento de mis pacientes y su impotencia frente a las recaídas. El libro de Tino Ávila estimuló de nuevo mi sensibilidad. Toca todos y cada uno de los puntos que conforman la ruina de la toxicomanía, convertida en una epidemia que ha invadido nuestra sociedad en las últimas décadas. Muchos de nuestros jóvenes han sido víctimas de esta tendencia, arruinando su vida o perdiéndola.

La adicción es una dependencia neurobiológica producida por algunas sustancias que actúan sobre el núcleo accumbens de nuestro cerebro, que es un centro de placer cuya función es la conservación de las especies. El sexo y la alimentación son placenteros y garantizan nuestra supervivencia. Pero hoy sabemos que las drogas de uso recreativo también actúan sobre dicho núcleo y lo confunden, produciendo una disfunción importante en su cometido, que disfraza de placer una actividad altamente destructiva. A ello se une la predisposición de cada persona debido a las alteraciones de la personalidad y a la facilidad con que se puede conseguir la droga. Con ello se cierra ese círculo holístico y biopsicosocial que hay en todo adicto.

siempre estuvo ligada a la vida de todos los pueblos desde el inicio de la humanidad, bien es sabido que los modos de consumo y las razones varían enormemente de acuerdo con el periodo histórico y la región donde se consume. Pero no vamos a hacer aquí un estudio exhaustivo del empleo de las drogas con fines medicinales o en los rituales religiosos de otras épocas. Solo nos referiremos a las drogas que podríamos llamar «de la calle», y nos centraremos en épocas más recientes con el fin de introducir al lector en el marco donde se desarrollará este relato.

En los años sesenta del pasado siglo, la droga estaba asociada al espíritu de revuelta juvenil y era símbolo de libertad, de contracultura, de lucha contra los convencionalismos burgueses. Esta tendencia se manifestó en la revuelta estudiantil histórica en mayo de 1968, iniciada en París, que pronto se extendió por varios países de Europa, promovida por grupos estudiantiles contrarios a la sociedad de consumo y al capitalismo. En España había mucho por lo que luchar, porque aún imperaba el franquismo. Las drogas que más se consumían eran la marihuana y los ácidos, que conseguían hacer soñar y explorar otros mundos y lugares desconocidos de la propia alma... o, por lo menos, así lo manifestaban quienes consumían tales drogas.

En los años setenta y ochenta todo cambia. Los jóvenes heredan los logros sociales conseguidos por la generación anterior y se encuentran vacíos al no tener objetivos por los que luchar. La vida se hace facilona y los adolescentes pierden el valor del esfuerzo que les arrastra a la pérdida de otros valores. Entonces entra en escena la heroína, que pronto se transforma en la reina de las drogas. Y, aunque se trata de una sus-

tancia asesina, es consumida por la juventud que busca en ella la sensación de fuga que le produce para calmar la fatiga y neutralizar la desilusión y la angustia de vivir. Gran parte de la juventud vive entonces anestesiada y entorpecida.

En las postrimerias del siglo XX e inicios del XXI, el consumo de drogas da un nuevo giro. Lo que en este periodo importa es divertirse, producir y mostrarse brillante y eficiente. Llega la hora de una droga que deja de ser privilegio de una élite y se transforma en un producto de masas. Es el tiempo de la cocaína, de los estimulantes como el éxtasis y de otras muchas sustancias que dominan el mundo de las discotecas. Y lo peor de todo es que ser consumidor deja de estar tan mal visto como lo estubo en épocas anteriores. Se droga el gestor de una empresa, el hombre de espectáculo o el político, y no son estigmatizados y rotulados como drogadictos, vagabundos deshonestos o indigentes. Pueden esnifar o chutarse perfectamente trajeados, sin salir de su despacho, no como en años anteriores en que los yonquis buscaron sus propios espacios sociales en los suburbios de las ciudades o en casas abandonadas.

En los últimos años se ha experimentado un giro sustancial en el consumo de drogas que ha llevado a la juventud a prácticas cada vez más arriesgadas y dañinas. La droga de moda entre los más jóvenes es el alcohol, con el que se cometen verdaderas locuras. Existe cierta tolerancia con esta sustancia, porque su consumo en España ha estado siempre asociado a la población adulta y se ha caracterizado por la regularidad de su uso y su vinculación a la dieta y a los acontecimientos sociales. Sin embargo, es la droga más peligrosa que existe, a la que se atribuyen muchas más muertes que al resto de las drogas todas juntas.

Repasando datos del informe de la Agencia de las Naciones Unidas, me he encontrado con cifras escalofriantes con respecto a las muertes causadas por el consumo incontrolado de drogas. Aun así, el número de doscientos mil muertos al año que se les atribuye es relativamente insignificante si lo comparamos con las muertes provocadas por el consumo de alcohol, que asciende a dos millones y medio de fallecidos, cifra que aumentaría sustancialmente si le sumáramos los que pierden la vida al volante bajo sus efectos o los suicidios que provoca.

Se han puesto de moda los botellones multitudinarios, en los que nuestros jóvenes llevan a la práctica acciones cada vez más peligrosas, deformes y perversas. La novedad de los últimos tiempos es el binge drinking, que no es otra cosa que el consumo intensivo y acelerado de alcohol. Pero además de los métodos tradicionales del cubata o el gin-tonic, se practican el eyeballing (tomar alcohol por los ojos), el tampax on the rocks (tomar alcohol por vía vaginal) o el oxyshots (tomar alcohol por inhalación pulmonar). Estas prácticas tratan de eludir la vía hepática para que el alcohol pase directamente a la sangre. Así se consigue un colocón más rápido, se evita el aliento alcohólico que delata al consumidor y se elude el posible control de alcoholemia. La última tendencia, que ya suena en los Estados Unidos, es el powdered alcohol, es decir, el alcohol en polvo, que permite llevar las copas en los bolsillos. Allí ya se ha legalizado y se comercializa en sobrecitos como los usados para envasar el café instantáneo. Y lo peor es que la juventud, idiotizada y entontecida, se dedica a esnifar el polvo, a pesar de las recomendaciones del fabricante especificadas en las normas de uso. Tarde o

temprano esta moda llegará a Europa de forma legal o a través de las mafias que trafican con la droga. Y los responsables de todo esto miran hacia otro lado, aceptando y blanqueando el dinero que produce, mientras nuestros jóvenes destrozan su esencia.

La toxicodependencia, en cuanto fenómeno social, necesita ser abordada de una forma coherente y profunda, en el sentido de no iniciar una lucha abierta contra la droga y los toxicómanos. Es necesario hacer antes un esfuerzo de comprensión en busca de la razón del consumo de drogas en cada sujeto. Quizá llegue a la droga alguien que tenga una idea pobre de sí mismo, o una expectativa inadecuada sobre la vida, tal vez una sed de vivir y vencer deprisa o también un miedo exagerado al futuro. Las prácticas de intoxicación no significan, salvo casos excepcionales, que el individuo quiera entregarse a la muerte. Más bien quiere indicar formas alternativas de lidiar con la vida, en detrimmento de las formas convencionales.

No podemos negar que la toxicodependencia es uno de los problemas sociales más graves de nuestro tiempo. Nadie puede alejarse de esta realidad. Si aceptamos que el consumo de drogas es un problema humano, tenemos que aceptar también que es un problema de todos, es decir, de cada uno de nosotros. Todos somos responsables.

Pero... ¿qué significa que todos somos responsables? ¿Significa acaso que todos tenemos la culpa? Pensar en culpas y culpables es mirar hacia el pasado. La idea de responsabilidad apunta hacia el futuro con el fin de gestionar acertadamente el problema. Visto de esta forma todos tenemos un papel que desempeñar. Empecemos por adoptar una actitud

ética hacia nuestra vida y hacia la de los demás. No pensemos solamente en «nosotros» y «ellos». Todos somos seres humanos cuya existencia es la conjugación de fuerzas y flaquezas.

El escozor ocasionado en mi alma quiero neutralizarlo escribiendo este libro, que surge como alerta de nuestra sociedad ante el flagelo de la droga, que puede llamar a cualquier puerta. Lo escribo por encargo de Claribel, drogadicta rehabilitada, con quien mantego la misma amistad que tuve con sus padres. Ella será la protagonista en primera persona y el hilo conductor del argumento para que el relato gane en cercanía y calor humano.

Para percibir mejor el camino recorrido y las influencias que llevan a un individuo al consumo de drogas y, con suerte, a su rehabilitación, no hay nada como comenzar por el principio. Nada mejor que conversar con quien tuvo un contacto directo con esta cruda realidad, intentando esclarecer algunos pormenores considerados importantes tales como los motivos que le abocaron al consumo, sus experiencias personales y sus angustias, o las dificultades encontradas en el camino hacia una posible desintoxicación. Las conversaciones que he mantenido con Claribel son, por lo tanto, el el origen de este relato que surge con la voluntad de homenajear a todas las personas que, como ella, han luchado o siguen luchando para dejar atrás su angustiosa realidad. Deseo que sirva para ayudar a comprender mejor el laberinto vital de quienes, como su protagonista, se convirtieron en adictos a las drogas. Quiero que se comprenda su dolor, su impotencia, su angustia.

Claribel nunca tuvo problemas en hablar conmigo de su pasado, ni tampoco en admitir los errores que cometió. Pero,

teniendo en cuenta que muchas personas pueden juzgarla sin ni siquiera pensar que nadie es perfecto y que todos cometemos errores de una forma o de otra, prefiere quedar en el anonimato por su madre, por su padre fallecido que nunca supo sobre su desvío por el camino de las drogas, por su familia, amigos, marido e hija, con el fin de evitar que sean etiquetados como «la familia de una drogadicta».

El nombre de Claribel es, pues, ficticio, pero esconde una experiencia de vida real que me impresionó y me emocionó. Espero transmitir a los lectores estos mismos sentimientos y despertar su interés por esta dura realidad que nos concierne a todos. Lo que no espero es que todos estén de acuerdo con lo que escribo, pero sí que, al menos, piensen en lo que escribo. Y para ti, joven lector, que empiezas a descubrir los entresijos de nuestra existencia, quiero dejarte este mensaje: «la vida es un precioso viaje en el que tú mismo eliges el itinerario. ¡Te lo ruego! No tomes un camino equivocado que te pueda concucir "a las puertas del infierno"».

El autor

Prólogo.....05
Presentación.....11
Infancia feliz.....19
Una nueva realidad.....28
Fin de la inocencia.....37
Un paso más.....45
Al borde del abismo.....55
La nieve siempre en la cumbre.....65
Abrazo funesto.....72
Mamá, soy drogadicta.....82
El primer *chute*.....91
Éxtasis macabro.....99
Atrapada entre dos mundos.....109
Recaída y tentativas de recuperación.....117
Testigo de mi propia muerte.....126
Como el ave fénix.....133
Reinserción en la sociedad.....141
Epílogo.....149
Más vale prevenir.....153
Actividades inteligentes.....163